

LA REVELACION DE DIOS: EN TORNO A UNA NUEVA ELABORACION TEOLOGICA

La aparición en la escena teológica del estudio de Andrés Torres Queiruga *A revelación de Deus na realização do home* (Ensaio e investigación, 4) Galaxia, Vigo 1985, 441 p.; seguida últimamente por la de su versión castellana *La revelación de Dios en la realización del hombre* (Cristiandad, Madrid 1986), ha encontrado un abundante eco valorativo en los medios teológicos españoles. Sin renunciar a una lectura crítica, ellos han apreciado en esta obra el esfuerzo por el replanteamiento global, desde perspectivas actuales, de un tema tan central, complejo y delicado como es el de la manifestación de Dios a los hombres, y el de las modalidades bajo las cuales éstos han intentado dar cuenta articulada y coherentemente de tal comunicación divina.

Presentamos a continuación una de las intervenciones en este diálogo a muchas voces en torno al libro. En el subrayado de los aspectos positivos, en los reparos o interrogantes y en la reacción del autor ante los unos y los otros hay que ver una forma de colaboración fraterna y de preocupación compartida por una mejor iluminación de punto tan importante; y no se puede dudar de que este intercambio constituye ya, en sí mismo, un fecundo hecho teológico. Las páginas se refieren a la edición gallega.

Madrid, 1 de octubre de 1986

Andrés Torres Queiruga
Santiago de Compostela

Querido Andrés:

Mucho más tarde de lo que tu trabajo merece y de lo que yo hubiera deseado te envió por fin algunas líneas de comentario en respuesta a la colegial solicitud con que te has apresurado a hacérmelo conocer. Ni son

ni quieren ser un análisis completo y minucioso, que por razones teóricas y prácticas está ahora fuera de mi alcance. Verás, por otra parte, que su entidad es muy dispar, desde observaciones muy generales a indicaciones de mínimo detalle. Confío, de todas formas, en que puedas ver en ellas una muestra de reconocimiento y gratitud por la tarea que has realizado y por lo mucho que ella supone de iluminación y ayuda para los que nos movemos más o menos profesionalmente en el mismo terreno. Y ya paso al asunto.

Impresiona y admira la enorme cantidad de trabajo que hay en el libro: de acarreo de materiales, de su organización, y, algo todavía más importante, de reflexión. Es mucho más que una síntesis bien montada de cosas conducidas a documentar los propios planteamientos. Insisto mucho en el aspecto de la reflexión, como consciente que soy de lo que ella exige en tiempo, esfuerzo, concentración y coherencia: un alto precio, pero que el lector agradece se haya pagado.

Importante es la riqueza bibliográfica, no sólo como respaldo documental, sino como sugerencia e incitación a la prosecución personal y a la ampliación de determinados temas. Curiosa me resulta la gran valoración que haces de D. Tracy, *The Analogical Imagination. Christian Culture and the Theology of Pluralism* (Nueva York 1981). Yo leí ese libro quizá demasiado por encima hace algún tiempo y no le descubrí tantos valores; probablemente no le presté suficiente atención o no estaba sensibilizado sobre el asunto.

Muy útiles para recoger el hilo del pensamiento y relanzarlo hacia nuevos desarrollos son los resúmenes que se intercalan de vez en cuando al fin de los capítulos. Especialmente central por el lugar que ocupa y por la densidad de los puntos que expone me parece la síntesis de las páginas 179-203, con sus cuatro partes bien estructuradas de acuerdo con su propia lógica: la realidad como manifestación de Dios, Dios como sujeto activo de revelación, la libertad humana como lugar del re-influjo de la acción de Dios y la revelación como palabra profética.

Dentro de la reflexión arriba aludida, el planteamiento de las preguntas es lúcido y los intentos de respuesta honestos. Se persiguen las cuestiones, se formulan con cuidadosa cautela y dándoles el desarrollo y extensión que parecen necesarios. La búsqueda de respuestas no se satisface con tópicos o con soluciones prefabricadas.

La hipótesis central me parece muy válida y enriquecedora: la interpretación de la «palabra bíblica como 'maiéutica histórica', é decir, non como palabra que aporta un senso engadido, que informase sobre misterios en definitiva externos e lonxanos; senón como palabra que axuda a 'dar á luz' a realidade máis íntima e profunda que somos xa pola libre iniciativa do amor que nos crea e nos salva» (p. 5). Una intuición que queda sólidamente establecida en el desarrollo. Responde mucho a la sensibilidad actual sin rebajar por eso su apoyo en la tradición y en una adecuada lectura de los datos bíblicos. No estoy tan de acuerdo (p. 401) en que haya habido un

desplazamiento hacia la otra convicción fundamental. Ciertamente se advierte una firme acentuación de ésta, pero es que ambas intuiciones se condicionan y exigen mutuamente; resulta difícil decidir una prioridad entre ambas. Sugestiva frente a otros intentos apologeticos poco convincentes hoy día es la otra persuasión añadida (p. 5) de que la mejor demostración de la revelación es ella misma. Una afirmación que, por otra parte, contiene riesgos evidentes si se entendiera mal.

Valoro cómo todo el estudio se organiza coherentemente en torno a y desde esas hipótesis centrales. Las distintas partes —y el libro es muy ambicioso en la extensión de sus horizontes, todos los temas importantes de la teología fundamental están implicados— quedan armónicamente ensambladas en ese eje central. Quizá donde esto se podía haber puesto con mayor fuerza de relieve es a propósito de la Iglesia: el proceso mayéutico de que es objeto el individuo ¿no tiene también validez (otra, cuya caracterización analógica habrá que establecer) respecto de la comunidad como tal? Hay alusiones dispersas que se podrían sistematizar más.

Siendo muy consciente de que un libro tiene sus límites razonables y de que no puede ser una enciclopedia donde todo se trata con igual detenimiento e intensidad, apunto dos aspectos que me parece podrían resonar con más fuerza, porque creo que no se les puede pasar por alto en este contexto, o al menos conviene ser consciente de ellos. El primero es el que sintéticamente llamaría «lingüístico», y que no coincide necesariamente con la cuestión hermenéutica, a la que se alude abundantemente. Me refiero a las consecuencias de que la «Palabra de Dios» sea de hecho palabra de hombres (cf. Tillich), sometida por tanto a todos los condicionamientos de los lenguajes humanos (variaciones de los campos semánticos, contextualización, etc.). En diferentes lugares surgen ya ecos de este problema (pp. 91, 170 ss., 174 s...) que tiene por supuesto niveles muy diferentes que a su vez afectan también muy diversamente al discurso de la revelación o a la «verbalización», siempre humana, de la comunicación y autodonación de Dios.

El segundo es a propósito de las posibilidades de una teología natural, como ampliación de lo ya dicho en p. 205 ss. Quizá sea ése un tema que afecte más a la sensibilidad protestante (la polémica Barth-Brunner), pero de todas maneras me parece que también en el catolicismo ha ocupado un lugar que merece ser tenido en cuenta.

Me gusta cómo está enfocado y resuelto el espinoso asunto de la «clausura» de la revelación, tan problemático para la sensibilidad histórica moderna, con la conciliación en Cristo de definitividad suprema y apertura histórica. La respuesta tradicional adquiere aquí una satisfactoria fundamentación.

En cambio me deja menos contento en su tratamiento el tema de la universalidad (cap. VII), cuya dificultad es patente. El *cur tam sero?* se resuelve en último término por la incapacidad de la creatura. Pero ¿qué es lo que hace que una creatura *de repente* sea capaz? La «parábola de

Tetragámmaton» lo sugiere: Dios encuentra una respuesta positiva, una madurez religiosa que le «incita» a darse más o con más claridad. Pero ¿por qué es esa forma de madurez o de respuesta la que es adecuada y no otras, como por ejemplo se han dado en antiquísimas culturas y religiones asiáticas, o en otras concepciones con un elevado sentido de lo humano? ¿No presupone esto ya una determinada concepción de Dios, justamente la que ofrecerá la revelación judeo-cristiana? Desde otro punto de vista: supongamos que se pueda decir que una colectividad humana «no estaba madura». Una visión retrospectiva en escalas macroespeciales y macrotemporales quizá lo pueda constatar por comparación con otras épocas u otras sociedades presuntamente más maduras. Pero ¿no se pierde de vista aquí a los individuos de esos grupos a quienes se asigna inferior madurez, que, como tales individuos, pueden haber alcanzado —y la historia ofrece ejemplos de ello— una madurez religiosa que sin embargo visiblemente ha quedado al margen de la revelación «explícita y oficial»? Movido por la inquietud de haber negado a Israel una plenitud de revelación reservada para el final de los tiempos, ha revisado Rendtorff la segunda tesis de Pannenberg. Pero en el fondo del asunto se trata de volver a la clásica pregunta de por qué la elección de Israel, para la que no encuentro respuesta completamente satisfactoria. Ni sólo en el pueblo escogido se ha dado ese «resquicio», esa cesión a una presencia amorosa, ni en Israel se han ofrecido sólo respuestas positivas, y, sin embargo, aceptamos que ahí existe una plenitud de revelación que regateamos a otros horizontes religiosos.

Respecto del *cur tam cito?* me parece luminosa la afirmación de que sólo la revelación en que se alcanza la plenitud de lo humano puede ser universalizable (p. 288). Me resulta claro que esto sucede con Jesús. Ahora bien, ¿no dependemos aquí excesivamente de nuestra antropología, justamente ya marcada por el sello cristiano? Otras visiones culturales, ¿no podrían tener otro parámetro igualmente válido y fecundo para determinar en qué consiste la «plenitud de lo humano», y en esa medida, no estarían en situación de reivindicar para sí una culminación universalizable de la revelación? ¿Cuál sería ese «mínimo de condiciones de posibilidades» que se da en Jesús, y por qué no se habría dado antes? Quizá es que no te he seguido hasta el fondo de tu pensamiento, y en ese caso, discúlpame; pero es que vivo agudamente estos interrogantes y por ello desearía adquirir la máxima solidez en los intentos de respuesta. Por otra parte, la confrontación del cristianismo y las religiones (p. 333 ss.), que es a donde va a parar o de donde procede todo este tema, me parece acertadamente expuesta.

Por último, un par de mínimas indicaciones de detalle. No creo que sea correcto traducir «Zumutung» por «presuposición» (p. 149); mas bien significa aquella palabra una exigencia desmedida para la que no hay fundamento suficiente; aun reteniendo el significado «presuposición» habría que poner el acento en el salto que se da por encima de la base objetiva. Y una lástima que entorpece la lectura y sin duda ya habrás notado; la

considerable cantidad de erratas tipográficas, especialmente en las notas y en la bibliografía final.

Pues esto es cuanto quería decirte de momento como pequeña aportación valorativa. Te repito la gratitud por el trabajo, y con muchos buenos deseos para el curso que comienza y la esperanza de continuar en contacto quedo, cordialmente,

JOSÉ J. ALEMANY

Santiago, 24 de octubre de 1986

José-Joaquín Alemany

Universidad Comillas

Madrid

Querido José Joaquín:

Tu carta me llega como una brisa fresca en medio de los ajetreos del comienzo de curso. Y lo primero que se me ocurre es decirte *gracias*. Gracias de corazón, ante todo por lo que supone de generosa atención a mi trabajo, y, en segundo lugar —no menos importante—, por la aportación que tus observaciones suponen. Acerca de ellas —¿no es esta la auténtica gloria del diálogo teológico?— quisiera ahora cambiar algunas impresiones contigo.

Ya puedes imaginarte lo que me reconforta tu juicio de conjunto, como aprobación global de alguien que es estudioso tenaz y conocedor enciclopédico de toda la problemática de la Teología Fundamental. Si puede servirte de algo, te diré a mi vez que me siento muy bien comprendido e interpretado en tus reflexiones. Como verás, esto sucede hasta el punto de que tus preguntas son bastantes veces mis mismas preguntas.

Pero es claro que no interesa ahora demorarse en la coincidencia (que, con todo, queda ahí como fruición amical en la común búsqueda teológica). Más importante y más útil resultará, sin duda, aplicarse al diálogo acerca de los puntos donde la interrogación o el posible disenso nos llaman a proseguir la búsqueda. Trataré de hacerlo siguiendo el orden de tus mismas observaciones.

Curiosa te resulta mi valoración de D. Tracy. Para mí mismo fue una sorpresa. Lo descubrí casualmente a través de unas citas —ya bastante avanzado mi trabajo—, y en seguida noté la afinidad. Lo pedí expresamente a América. He estimado en él la sensibilidad hermenéutica —tan próxima a la de Ricoeur, que me es muy valiosa— y la apertura a las preguntas de nuestra cultura. Con un valor añadido, que ha sido una no pequeña satisfacción-sorpresa en toda la obra: ver cómo la sensibilidad teológica norteamericana se hace eco de su actual situación —con todos los defectos y problemas que se quiera— en la punta de la evolución del mundo actual (algo especialmente sensible en los problemas de la relación entre las re-

ligiones); y, paralelamente, experimentar cómo desde este rincón gallego y español puede nuestra sensibilidad despierta sintonizar con lo profundamente universal.

Te agradezco acaso más de lo que puedes imaginarte tu apreciación de la síntesis de las páginas 179-203, donde trato de resumir y re-asumir las intuiciones fundamentales acerca de la experiencia originaria de la revelación. En general, ese capítulo, *central y crucial*, me planteó grandes dudas acerca de su redacción (que se renovaron a propósito de la traducción castellana, que espero puedas recibir pronto). Temía que pudiese resultar repetitivo y cansase al lector. Pero con las tuyas habían coincidido ya las impresiones de un grupo de personas amigas con las que había compartido una lectura demorada de la obra. Tu calidad de experto en la materia resulta así una confirmación inapreciable. Si ayudan a centrar bien ese tema —en el que intuyo que, de algún modo, mi concepción de la revelación pasa su verdadera prueba de fuego— bienvenidas sean las posibles repeticiones.

Tus observaciones acerca de las dos convicciones fundamentales que vertebran la obra sobrarían para confirmarse en lo agudamente que has percibido la intención, y acaso la aportación, del libro. «¿Mayéutica histórica» o Dios amoroso que se entrega al hombre en la «máxima revelación posible»? Mi sorpresa vital se inclinó espontáneamente por la segunda cuando, al final de la redacción, advertí su centralidad. Pero también es cierto que cuando en diálogo con algunos amigos he tratado de explicar el sentido de mis posiciones fundamentales, la «mayéutica» acudía con singular eficacia y espontaneidad en mi ayuda. Tal vez tú hayas expresado lo justo al decir que «ambas intuiciones se condicionan y exigen mutuamente». Acaso repartiéndose los acentos: la mayéutica en el plano de la fundamentación científica y reflexiva; la otra en el de la convicción de fondo y en el de la savia secreta que todo lo alimenta.

El tema de la *Iglesia* podía, evidentemente, ser tratado con mayor amplitud. Dos razones principales me llevaron a contentarme con la síntesis del último capítulo. La necesidad de concentrarme en la revelación bíblico-cristiana como experiencia en sí misma, en sus dimensiones y en sus relaciones con otras experiencias religiosas. Y, segundo, que en mi libro anterior *Constitución y Evolución del Dogma* había tocado con más demorada atención la vida de la revelación en la Iglesia (al remitirme allí, p. 399, me sentí relevado de ulteriores ampliaciones).

En cuanto al *problema lingüístico*, me encuentro en una situación algo parecida. En su vertiente hermenéutica —como tú haces notar— le he prestado una intensa atención. En lo que sería lo más específico de la «filosofía analítica» he tratado de decir o insinuar lo más elemental, no sé si guiado o traicionado por mi convicción de que ese tipo de consideraciones, de claro valor terapéutico en su lugar, no aportan gran cosa cuando se trata de ir al fondo —sobre todo al fondo vital— de las cuestiones. Más en la raíz me siento tocado con tu insinuación acerca de las posibilidades de una *teología natural*. Localizas admirablemente el lugar desde donde yo enfoco la cues-

tión —la nueva percepción de lo «sobrenatural»—, y desde donde la hubiera tratado, si me pareciese lugar para abrir tan enorme problema y, acaso, si me atreviese a hacerlo sin mucha más preparación y reflexión. Te diré tan sólo que cada vez veo más unitaria la visión de la realidad. Sumarísimamente diría que *desde la fe vivida* filosofía y teología se unifican de modo indivisible a la hora de afrontar las cuestiones fundamentales.

Me alegro de que un tema que me resulta importante y querido, el de la «clausura» de la revelación, te guste en su enfoque y solución.

Eso, entre otros indicios a los que aludiré, me hace pensar que no andamos tan distantes en la cuestión que más interrogantes te suscita: la de la *universalidad*. Necesitaríamos tal vez reparar juntos los razonamientos del capítulo, para ir afinando el encuentro. Aquí trataré sencillamente de aclarar el sentido de mi postura. Desglosaré para mayor claridad.

Empecemos por el *cur tam sero?* Acudo a la incapacidad de la creatura para captar la manifestación del Dios que, en su amor, está desde siempre tratando de manifestársele al máximo (¿qué sería, si no, ese amor?). Y tu pregunta suena: «pero ¿qué es lo que hace que una creatura ‘de repente’ sea capaz?». Ahí está la cuestión: no es de repente. Justamente el momento de la intuición, que sí puede ser repentino, es el fruto de todo un largo proceso de maduración: que «de repente» Oseas pueda tener la intuición del perdón incondicional de Yahvé, supone toda su «etización» a través de la Alianza, las experiencias de los otros profetas, una altura histórica en la religión de Israel, una maduración personal... Por eso yo no diría que esa madurez «incite» a Dios a darse con más claridad: Dios ya se estaba dando y tratando de hacerse sentir. La maduración hace capaz al hombre de caer, *por fin*, en la cuenta de ese ofrecimiento y de aceptarlo.

Las siguientes preguntas se agolpan en torno al mismo problema de fondo: ¿por qué *esa madurez* y no otra? ¿por qué *esa colectividad* y no otra? y me parece que en la raíz subyace la pregunta fundamental: «¿No presupone esto ya una determinada concepción de Dios, justamente la que ofrecerá la revelación judeo-cristiana?» Fíjate en un punto: dices *ofrecerá* donde yo espontánea e instintivamente diría *ha ofrecido*. Y es que, en efecto, no se trata de algo que nosotros *decidimos*, sino de algo que *encontramos* y en ese encontrar *reconocemos* como querido por Dios. No se trata de una presuposición *a priori*, sino de un descubrimiento de algo que ha sucedido y que nosotros tratamos *a posteriori* de comprender. El problema estará en todo caso en la rectitud o falsedad de este *comprender*.

Y aquí sí que surgen las grandes cuestiones y las grandes opciones. Ya has visto que yo concibo la realidad como «emergencia», como proceso en punta, donde lo que se busca en muchas partes, y parcialmente se realiza en todas, sólo en una alcanza de ordinario —y en las grandes cuestiones, creo que siempre— la plenitud (igual que la vida cósmica sólo en el hombre alcanza el espíritu). Son procesos reales que nuestra mente no puede construir *a priori*, sino únicamente *reconocer a posteriori*. Eso es lo que nosotros hacemos —confesándolo y fundamentándolo razonablemente— con la

revelación. En el *phylum* bíblico-cristiano descubrimos una presencia de Dios que aceptamos como la más avanzada y aun como la insuperable. Claro está que esto no puede cerrarnos a las aportaciones que nos lleguen de fuera —ninguna realización histórica es perfecta ni la mejor en todos los aspectos—, como tampoco debe inmunizarnos contra sus razones y objeciones. Sólo en el diálogo racional y libre, en una auténtica «acción comunicativa» a nivel mundial, puede mantenerse, con espíritu humilde y fraternal, una pretensión tan enorme.

De todos modos, esto no supone que los demás pueblos queden sin revelación. Lo único que se dice es que en ellos no ha alcanzado la plenitud que alcanzó en Jesús de Nazaret (aunque también a ellos está destinada esta plenitud). Lo cual enlaza con lo de las *individualidades* dentro de esos pueblos. Que algunos hayan alcanzado una madurez religiosa muy alta, es indudable; por eso mismo su madurez no «ha quedado al margen de la revelación»: *en esa madurez* acontece para ellos la revelación, y no nos toca a nosotros medir su profundidad. Sólo nos toca respetarla y, acaso, compararla con la alcanzada en Jesús. Y pensar también que un individuo no es tan independiente de su contexto: de éste recibe su tradición, que él, a su vez, enriquece; el resultado conjunto es lo que luego se compara con el cristianismo.

Lo que dices de la *elección* enlaza con esto. Ya ves que he tratado con bastante detención y cuidado este tema fundamental, y no quisiera repetir lo dicho en el libro. La elección es, por un lado, fruto del proceso histórico, con su mezcla de cualidades, libertad y destino: Dios «aprovecha» —recuerda el ejemplo del profesor— lo que se le ofrece; y, por otro, la elección no es jamás un «como si», puesto que inaugura una relación real, concreta y personalísimamente cualificada. Repito que esto no significa en modo alguno que «sólo en el pueblo escogido se ha dado ese 'resquicio', esa cesión a una presencia amorosa», ni tampoco pretende suponer que «en Israel se han dado sólo respuestas positivas». El proceso es real en todos los casos y muy paralelo. Únicamente, sí, como bien dices, «aceptamos que ahí se ha dado una plenitud de revelación...»; pero sin que eso equivalga a la continuación de tu frase «... que regateamos a otros horizontes religiosos». Nosotros —y mucho menos Dios— no regatemos nada, únicamente constatamos lo que hasta el momento ha sido *históricamente posible*. Y no para despreciar o vanagloriarnos, sino para reconocer que lo que lo que a nosotros se nos ha dado también está destinado para ellos y que les pertenece tanto como a nosotros. Por eso se lo ofrecemos en la *misión*.

Desde aquí se ve que la culminación en *Jesús* no es más que la aplicación o, mejor, la otra cara de lo dicho. No la afirmamos *a priori*, creemos *reconocerla* en El. Claro que nuestra antropología está marcada por esto. Esa es la razón por la que también aquí sólo en el diálogo y la libre confrontación con los demás modelos de plenitud de lo humano y de manifestación de lo divino podemos ofrecer honesta y humildemente nuestra convicción. Preguntas tú dónde podría situarse es «mínimo de condiciones

de posibilidad que se da en Jesús». Si tuviese que resumirlo muy brevemente diría: en su experiencia de Dios como *Abbá* que únicamente por amor crea al hombre y únicamente por amor le acompaña y apoya en su historia, acogiéndolo como un *tú* personal.

En realidad, estamos tocando aquí el problema de la *positividad* de la revelación y el de que la reflexión teológica sólo es posible dentro de la fe, aunque sin abandonar la crítica. Pero sería mucha cuestión para entrar ahora en ella. En cualquier caso, el indicio de que en el fondo de lo que quiero decir acabamos coincidiendo, lo veo en que aceptas sus consecuencias, al parecerte «acertadamente expuesta» «la confrontación del cristianismo con las religiones (p. 333 ss.), que es a dónde va a parar o de dónde procede todo este tema».

Lo demás es ya secundario. De acuerdo en el matiz que echas en falta a la traducción de *Zumutung*: quizás debiera haber traducido «presuposición atrevida» o, como tú dices, «exigencia desmedida». Lo de las erratas es una pena. Espero que en la nueva edición de Cristiandad todo eso pueda quedar subsanado.

Ya sólo me queda reiterarte de nuevo mi agradecimiento tanto por la generosa y comprensiva acogida como por las valiosas observaciones, que obligan a repensar los conceptos y aclarar los presupuestos. La espontaneidad del procedimiento acaso reste «aire académico», pero tal vez aporte frescura vital. En cualquier caso, hemos ejercido juntos algo maravilloso: un diálogo teológico abierto y fraternal en el gozo de una búsqueda común. Espero que tendremos ocasión de continuarla.

Recibe un muy fuerte abrazo,

ANDRÉS TORRES QUEIRUGA

